

Del cuerpo, del deseo y de otros demonios

Por Norma Véliz Torresano

Máster de la Diferencia sexual 2012

Del cuerpo

“El cuerpo de la mujer es templo de Dios y como tal, ustedes no tienen que permitir que nadie lo toque y ni siquiera ustedes mismas. El pecado del cuerpo es condenable”, nos decían las monjas en la escuela y lo escuché por última vez cuando, hace muchos años, con una amiga recordábamos los momentos que pasamos entre libros, rezos de rosario, juegos, lápices y pinceles... Fue en este último instante en que con ella cuestionamos las frases que tanto nos habían “machacado” desde niñas y que una habría de creer a pie juntillas por el hecho de pertenecer a una creencia religiosa.

Reflexionamos durante largas horas acerca de por qué a las mujeres – o al menos, a nosotras- se les/nos decía este tipo de cosas, que aunque una no quisiera, se le quedaban en el inconsciente y quizás hasta nos sintiéramos culpables por querer explorar nuestro cuerpo o dejar que otra persona lo hiciera. Una cosa es disfrutar del propio cuerpo con plena conciencia y otra, ser violentado, pero de cualquier manera, ¿qué tenía que ver Dios con esto? Y claro, si no fuera por estos argumentos, tal vez hubiera habido hace ya muchísimos años, la liberación sexual que tanto ha temido la Iglesia católica, y no sería lo que hoy es.

Lo que saqué esa tarde con mi amiga fue el hecho de cómo se ha intentado siempre gobernar el cuerpo de la mujer, utilizando frases que provoquen entre temor, curiosidad, asco o repugnancia hacia el mismo cuerpo femenino, puesto que si nos lo tocábamos o dejábamos que nos lo tocaran, cometeríamos un pecado condenable, y claro ninguna niña quiere ser condenada a lo que ya le han contado antes que sería el infierno, aquel sitio adonde inclusive los dientes crujirían.

Y así crecimos muchas niñas y nos hicimos mujeres entre las dudas, el temor, la obediencia y la castidad, y ya adultas, muchas conocimos el amor, la pasión y el deseo

hacia otra persona, pero lo curioso es que para muchas la experiencia de la escuela habría significado un trauma.

En mi caso, no dejé que esas ideas me influenciaran, y esto no quiere decir que haya despertado a la sexualidad en pareja antes que las demás, sino que simplemente no afectaron en mí tanto como a algunas de mis compañeras, entre ellas, mi amiga.

La intervención de Erika Irusta, en el XXIII Seminario Duoda, *El feminismo de las más jóvenes*, celebrado en Barcelona el pasado 12 de mayo, me ha resonado en todos los sentidos, porque desde siempre el cuerpo de la mujer, aunque sea de niña ya tiene una connotación al parecer negativa, ya sea por el asunto de la menstruación y con ello la maternidad. En su texto, Érika recoge algunas ideas sobre el cambio en el cuerpo de la mujer, el cambio como un continuo.

“Cada fase de los ciclos sexuales de una mujer – a saber, ciclo menstrual y ciclo de la maternidad- es un cambio, una vuelta más en la rueda de la vida. Hacer mío lo que ya era evidencia corporal -nuestro cuerpo habla el lenguaje de la evidencia y domina el de la translucidez- supuso, en mí, la eclosión de mi cuerpo de mujer. Mi cuerpo, el cuerpo de esta mujer que soy, no estaba defectuoso ni era deficiente. Mi cuerpo en sus ciclos mostraba- y muestra- diferentes enfoques de ver, oler, saborear, sentir, escuchar e intuir el mundo en una sola piel, mi piel. Este descubrimiento que, como casi todos los descubrimientos es un reconocimiento, marcó y continúa marcando, un antes y un después en mi hacer y no-hacer de mujer”¹.

El reconocermé mujer es aceptar mis periodos tal como vienen, y esto me hace recordar cuando tuve la primera menstruación y era todo un evento en la familia, puesto que “ahora ya puedes ser madre” o “cuidado, mijita, que puedes quedar embarazada” o “ya eres mujer” o “cuando estés enferma con la regla no puedes bañarte” (subrayo la palabra enferma en esta frase). Por ello, a los 14 años –o quizás antes- ya tenía la vena abierta de preguntarme si esta situación de sangrar cada mes me hacía ser más mujer que antes de que no sangrara. Claro que poco a poco, me di cuenta de que esas son solo expresiones, pero obviamente pertenecen a las creencias de mi tierra, de las mujeres de mi familia, puesto que los pocos varones que hay en ella ni se enteraban y ni se enteran de qué tiene la mujer que está a su lado o cuándo empieza a ser “mujer”... Y así es como se vive en ciertas familias. La menstruación como un tabú para los hombres, como una alegría para ciertas mujeres (por lo de ya puedes ser madre) o como un momento de alerta (por lo de cuidado ya puedes quedar embarazada) y para otras, como

¹ Irusta Rodríguez, Érika. *Y así, me hice mujer*. XXIII Seminario Duoda, El feminismo de las más jóvenes.

una especie de condena (por lo de enferma con la regla y no es que una enfermedad cualquiera sea una condena sino por el tono usado para decirme esta frase).

En ese entonces, el mismo evento me parecía algo tan contradictorio, pero con los años una se da cuenta de que todas esas son ideas que cada mujer se forma y quizá la ignorancia es más fuerte que la lucidez.

Me llama la atención, sobre todo, el vivir la misma experiencia como un sacrificio o como una alegría. Durante algún tiempo, llevada por la sensación de que sangrar era perjudicial, detesté que esto tan natural nos sucediera a todas las mujeres. Lo curioso es que no padecía de ningún malestar, ningún cólico, fiebre o desmayos o cambios de ánimo, como lo tenían algunas mujeres de mi familia y amigas. Luego, cuando empecé a aceptar mi cuerpo femenino, mi ser mujer menstruante, apareció un sinnúmero de “dolamas”, como las bauticé. Tuve que ir al ginecólogo por primera vez sola, a los 22 años, porque además ir donde un ginecólogo era cuando ya estabas por dar a luz o porque tenías algo raro... No sé cómo pude sobrellevar esa ceguera familiar... Y bueno, empecé a hacerme chequeos periódicos y dejé que mi cuerpo me dijera cada mes que le dolía por todos los años de negación, de no dejarlo ser un cuerpo menstruante. Y hasta ahora, lo escucho. Claro que no es nada simpático, porque las “dolamas” van a más cada vez.

Éstas han sido experiencias que me han permitido valorarme como mujer, con un cuerpo sintiente, vibrante, capaz de generar vida, de dar y recibir amor, tan frágil como cáscara de huevo en los momentos en que me he enfermado (y han sido muchas) y tan fuerte, capaz de superar los bordes de la muerte (literalmente).

Este cuerpo me ha permitido darme cuenta de mi ser mujer y vivir como tal, con todas las contradicciones sociales, como la moda versus la forma del cuerpo, como los olores naturales versus el sinfín de aromas a la venta para evitar que la naturaleza femenina sea expuesta. ¡Y qué sabe otro si a mi cuerpo le agradan esos perfumes! ¡Y qué sabe otra persona si mi cuerpo prefiere un aroma y otro! Siento que si una mujer no acepta sus propios olores corporales es como si no se aceptara a sí misma, y con esto no quiero decir que mejor ser una descuidada con su apariencia personal para refregarles en la cara a los contra que una se admira tal como es, aunque tenga olores desagradables. Lo que quiero decir es que en la medida en que una reconoce hasta la

manera en que le sienta mejor el sol o que prefiera las compresas a los tampones, porque su cuerpo así lo necesita, entonces es una manera de reconocerse mujer y dejar que su cuerpo se manifieste sin las neurosis sociales por intentar “calmar” el cuerpo femenino, como si fuese una amenaza.

En la medida en que reconozco mi diferencia sexual a través de mi ser corpóreo, puedo tener la certeza de que todos y todas somos cuerpos y de que éstos, también por su dimensión discursiva, significan nuestra manera de ver y de vivir el mundo.

De este modo, la perspectiva de Luce Irigaray cuando afirma en *Ese sexo que no es uno*², que lo trascendental es también sensible, mortal, sujeto a un principio, dependiente de sus condiciones materiales, vulnerable, frágil, corpóreo, y por tanto sexuado, me parece la descripción exacta de lo que significa vivir en un cuerpo femenino que se permite gozar y ser gozado.

Por ello, los poemas de las andalusíes revisados en clases de Crear cultura en la Europa medieval, del máster de la Diferencia sexual, (como los de Hamda Bint Ziyad Al Muaddib, Hafsa o los de Umm al-Hanna al-Garnatiyya, aunque tienen un destinatario hombre), me han llamado tanto la atención, puesto que en ellos hay el reconocimiento del cuerpo femenino casi como un don, tan diferente al del hombre, capaz de ser sensual, de moverse suavemente y provocar deseo tanto como sentirlo sin tapujos. Es la misma sensualidad que puede provocar una mujer vestida con vaqueros y *Converse*, o como las mujeres del monasterio de Hildegarda que eran vestidas con blancos velos, coronas de flores y joyas, esto además de ser muy simbólico por lo espiritual-divino que las prendas representan, les da un toque de sensualidad que no se contrapone a la imagen de dulzura que estas podían representar con ellas, asimismo, le quita la carga oscura que tenía el dedicar la vida al monasterio. Porque “para alcanzar a dios, no es necesario renunciar al cuerpo, se puede trascender el cuerpo viviéndolo positivamente”, dice Hildegarda en sus escritos³.

Entonces, apropiarme de mi cuerpo es y ha sido una tarea que he tenido que aprender sola o reflexionando con mis amigas, porque el pertenecer a una familia, a una escuela, a una religión, muchas veces condiciona las actitudes y la mirada de las

² Irigaray, Luce. *Ese sexo que no es uno*. Ediciones Akal, 2006.

³ Martinengo, Marirì (1996). *L'armonia di Ildegarda*, en M. Martinengo et al., *Libere di esistere. Costruzione femminile di civiltà nel Medioevo europeo*, Torino: SEI. Trad. cast. (2000). *Libres para ser: mujeres creadoras de cultura en la Europa medieval*, Madrid: Narcea.

mujeres sobre su propia vida, su feminidad, como el hecho de adjudicarle a la feminidad el uso de tacones, vestidos, peinados siempre recatados pero que levemente hagan notar las formas, no insinuantes que puedan provocar el deseo masculino pero sí que se nos permita distinguirnos de los modos “toscos” de los varones. En mi familia, jamás hubiera sido considerada femenina a alguna de nosotras vestida de vaqueros y *Converse*, como me ha parecido a mí que puede ser igual de sensual o igual de femenino, ya que para mí lo importante es la actitud más que la apariencia. El traje, la máscara, los accesorios son simples y llanas huellas del poder patriarcal que ha heredado la sociedad, para mantener la idea de una feminidad que le ha convenido. Por tanto, otra de las contradicciones que he vivido en cuerpo y alma al ser mujer, también ha sido el de tener que demostrarlo con el vestuario que lo soy. ¿Quién le preguntó a mi cuerpo si le iban bien los tacones? ¿Quién les dijo que a mi cuerpo no le provocarían alergia las bragas de seda?

En las sociedades contemporáneas se ha establecido como práctica social, femenina mayoritariamente, el culto al cuerpo. Es una preocupación casi generalizada al menos en el contexto urbano, que atraviesa todos los sectores y clases sociales. Esta forma de “idolatría” del cuerpo es apoyada por un discurso que se basa en la cuestión estética de la delgadez, y en cierta preocupación por la salud a partir de recetas para adelgazar. Paradójicamente, se suele percibir que un cuerpo está sano cuando es delgado, mientras que uno gordo o “rellenito” podría tener diversas dificultades hasta para caminar. Lo que digo frente a estas creencias irracionales, es que existe una fobia generalizada a “no verse bien” aunque este concepto produzca daños irreversibles a una misma o a uno mismo. Quizás esto tenga que ver con que el no verse bien es supuestamente sinónimo de no sentirse deseado-a, y entonces nos encontramos frente a una situación como cuello de botella. Pero, ¡cuántas cosas se hacen sin escuchar su propio cuerpo!

El cuerpo femenino se ha constreñido a leyes y estructuras morales y sociales bajo el dominio de lo masculino. Judith Butler sugiere que “el cuerpo adquiere su género en una serie de actos que renovados, revisados y consolidados con el tiempo, obteniendo su significación y determinación por una serie de actos percibidos culturalmente”⁴

⁴ Butler, Judith. *Actos performativos y constitutivos del género*. *Debate feminista*. México, 1998.

El asunto de la feminidad vivida en el cuerpo es complejo. Por un lado, reconocer que con los cambios biológicos, una se verá afezada a una serie de cuestionamientos que tienen que ver con la apariencia, tanto como el decidir si quiere ser madre o tener una pareja estable. Pero sabiendo que esa decisión viene de una misma, que se la toma desde la razón, como el corazón y el cuerpo, entonces sabremos que no hay atisbos de temor ni de marchas atrás.

El aprecio por mi cuerpo, unas veces enfermo, otras sano y fuerte, gordo o flaco, deseante y deseado, sensible, sintiente, me hace reconocermé mujer, por tanto diferente en todo sentido, única, hija de mi madre, y reconozco que mi grandeza es también cuidar de mi cuerpo como cuido de mi mente o de mi espiritualidad.

Así, los temores generados cierta vez por las monjas de la escuela o por los familiares, han quedado lejos, para recordarlos solamente cuando pretendo que cosas como esas no se repitan. Cuido de mi cuerpo menstruante, porque en algún momento quiero que sea procreador de vida, como alguna vez el cuerpo de mi madre me dio la mía.

Del deseo

Una vez que descubrí mi cuerpo femenino menstruante, diferente del cuerpo del hombre, a punta de cuidados y exploraciones personales, puedo decir que me abrí a un campo aún más complejo: el de la sexualidad.

Un poco con avidez, curiosidad, inclusive ingenuidad de niña influenciada por los comentarios de la familia sobre el tema, versus las series de televisión, películas, comentarios entre amigas y lecturas que proponían vencer el tabú e iniciar una revolución desde una libertad del cuerpo que aún me parece algo desfachatada, fui apoderándome y dándole cabida a mi cuerpo deseante.

Lo hermoso es desear un cuerpo igual que el mío. Lo complejo es desear un cuerpo igual que el mío. Mío en el sentido de lo femenino. Mío en el sentido de tener un cuerpo de mujer. Con las mismas capacidades de dar vida, procrear, de dar de lactar, de sentir a brotes el mismo deseo por otro cuerpo de mujer.

No recuerdo qué edad tenía. Pero tengo claro que admiro el cuerpo femenino con todas sus capacidades y complejidades desde muy chica, pero tengo presente la

escena de una de las novelas que leí cuando era adolescente. Contarla no sería igual que leerla, por lo cual comparto un fragmento:

“Parecía que el alimento que estaba ingiriendo producía en ella un efecto afrodisíaco, pues empezó a sentir que un intenso calor le invadía las piernas. Un cosquilleo en el centro de su cuerpo no la dejaba estar correctamente sentada en su silla. Empezó a sudar y a imaginar qué se sentiría al ir sentada a lomo de un caballo, abrazada por un villista, uno de esos que había visto una semana antes entrando a la plaza del pueblo, oliendo a sudor, a tierra, a amaneceres de peligro e incertidumbre, a vida y a muerte. Ella iba al mercado en compañía de Chenchá la sirvienta, cuando lo vio entrar por la calle principal de Piedras Negras, venía al frente de todos, obviamente capitaneando a la tropa. Sus miradas se encontraron y lo que vio en los ojos de él la hizo temblar. Vio muchas noches junto al fuego deseando la compañía de una mujer a la cual pudiera besar, una mujer a la que pudiera abrazar, una mujer... como ella. Sacó su pañuelo y trató de que junto con el sudor se fueran de su mente todos esos pensamientos pecaminosos.

Pero era inútil, algo extraño le pasaba. Trató de buscar apoyo en Tita pero ella estaba ausente, su cuerpo estaba sobre la silla, sentado, y muy correctamente, por cierto, pero no había ningún signo de vida en sus ojos. Tal parecía que en un extraño fenómeno de alquimia su ser se había disuelto en la salsa de las rosas, en el cuerpo de las codornices, en el vino y en cada uno de los olores de la comida. De esta manera penetraba en el cuerpo de Pedro, voluptuosa, aromática, calurosa, completamente sensual. Parecía que habían descubierto un código nuevo de comunicación en el que Tita era la emisora, Pedro el receptor y Gertrudis la afortunada en quien se sintetizaba esta singular relación sexual, a través de la comida.

Pedro no opuso resistencia, la dejó entrar hasta el último rincón de su ser sin poder quitarse la vista el uno del otro. Le dijo:

- Nunca había probado algo tan exquisito, muchas gracias.

Es que verdaderamente este platillo es delicioso. Las rosas le proporcionan un sabor de lo más refinado.

Ya que se tienen los pétalos deshojados, se muelen en el molcajete junto con el anís. Por separado, las castañas se ponen a dorar en el comal, se descascaran y se cuecen en agua. Después, se hacen puré. Los ajos se pican finamente y se doran en la mantequilla; cuando están acitronados, se les agregan el puré de castañas, la miel, la pithaya molida, los pétalos de rosa y sal al gusto. Para que espese un poco la salsa, se le pueden añadir dos cucharaditas de fécula de maíz. Por último, se pasa por un tamiz y se le agregan sólo dos gotas de esencia de rosas, no más, pues se corre el peligro de que quede muy olorosa y pasada de sabor. En cuanto está sazonada se retira del fuego. Las codornices sólo se sumergen durante diez minutos en esta salsa para que se impregnen de sabor y se sacan. El aroma de la esencia de rosas es tan penetrante que el molcajete que se utilizaba para moler los pétalos quedaba impregnado por varios días.

La encargada de lavarlos junto con los demás trastes que se utilizaban en la cocina era Gertrudis. Esta labor la realizaba después de comer, en el patio, pues aprovechaba para echar a los animales la comida que había quedado en las ollas. Además, como los trastes de cocina eran tan grandes, los lavaba mejor en el fregadero. Pero el día de las codornices no lo hizo, le pidió de favor a Tita que lo hiciera por ella. Gertrudis realmente se sentía indispuerta, sudaba copiosamente por todo el cuerpo. Las gotas que le brotaban eran de color rosado y tenían un agradable y penetrante olor a rosas. Sintió una imperiosa necesidad de darse un baño y corrió a prepararlo.

En la parte trasera del patio, junto a los corrales y el granero, Mamá Elena había mandado instalar una regadera rudimentaria. Se trataba de un pequeño cuarto construido con tablones unidos, sólo que entre uno y otro quedaban hendiduras lo suficientemente grandes como para ver, sin mayor problema, al que estuviera tomando el baño. De cualquier manera fue la primera regadera de la que el pueblo tuvo noticia. La había inventado un primo de Mamá Elena que vivía en San Antonio, Texas. Tenía una caja como a dos metros de altura con capacidad para cuarenta litros, a la cual se le tenía que depositar el agua

con anterioridad, para que pudiera funcionar utilizando la fuerza de gravedad. Costaba trabajo subir las cubetas llenas de agua por una escalera de madera, pero después era una delicia sólo abrir una llave y sentir correr el agua por todo el cuerpo de un solo golpe y no en abonos, como sucedía cuando uno se bañaba a jicarazos. Años después los gringos le pagaron una bicoca al primo por su invento y lo perfeccionaron. Fabricaron miles de regaderas sin necesidad del mentado depósito, pues utilizaron tuberías para que funcionaran.

¡Si Gertrudis hubiera sabido! La pobre subió y bajó como diez veces cargando las cubetas. Estuvo a punto de desfallecer pues este brutal ejercicio intensificaba el abrasador calor que sentía. Lo único que la animaba era la ilusión del refrescante baño que la esperaba, pero desgraciadamente no lo pudo disfrutar pues las gotas que caían de la regadera no alcanzaban a tocarle el cuerpo: se evaporaban antes de rozarla siquiera. El calor que despedía su cuerpo era tan intenso que las maderas empezaron a tronar y a arder. Ante el pánico de morir abrasada por las llamas salió corriendo del cuartucho, así como estaba, completamente desnuda.

Para entonces el olor a rosas que su cuerpo despedía había llegado muy, muy lejos. Hasta las afueras del pueblo, en donde revolucionarios y federales libraban una cruel batalla. Entre ellos sobresalía por su valor el villista ese, el que había entrado una semana antes a Piedras Negras y se había cruzado con ella en la plaza.”⁵

Con este texto se puede visualizar alegóricamente cómo el deseo en una mujer la inunda de tal manera que, como dice el lugar común: “las llamas la abrasan”. En mí, esta sensación recreada en el libro de Esquivel era bastante “modosita”. Seguramente, porque permitirme sentir así por una mujer sería mal visto, criticado, humillado. Así que fui guardándolo para cuando pudiera ser. Ahora (es decir en ese momento) tocaba saber cuándo podría ser, mientras tanto la vida se encargó de ponerme en mi camino a mi alma gemela espiritual. Sin él mi historia no habría tenido ni tendría el sentido que ha cobrado.

Experimentar el amor junto con el deseo, en mí o para mí, tienen una importancia suprema. Y aquí, creo, tiene que ver la educación de las monjas en cuanto al concepto que nos impartieron sobre el amor de pareja y porque yo misma lo he decidido así. Pasión, entrega, ternura, delicadeza, comunicación y respeto por el cuerpo que se ama, por el cuerpo que se desea. Por la persona amada, por la persona deseada. Nunca dicho literalmente por ellas, pero traducidas por mí a partir de las lecturas del *Cantar de los cantares*. Uno de los textos más hermosamente sensoriales que he leído.

Por eso, lo que viví con Iván me enseñó a aceptarme como mujer que puede desear y amar a otra mujer. Aprendí a dejar de escuchar el ruido de la gente murmurando contra dos mujeres que se aman. Aprendí a no tener complejos a la hora de mirarme al espejo y no ser la mujer completamente femenina que mi madre quería que

⁵ Esquivel, Laura. *Como agua para chocolate*. <http://www.librosgratisweb.com/html/esquivel-laura/como-agua-para-chocolate/index.htm>, páginas 22 - 23

fuera. Supe, aunque lo amaba, que no quería un marido, ni lo deseaba con la intensidad que hubiera querido yo misma para no verlo sufrir.

Desde entonces, he podido ser “más feliz”. Entre comillas porque quién puede ser más o menos feliz con algo o por algo, es una llana expresión que me sirve para explicar que esa liberación conmigo misma me ha permitido más de una sonrisa de satisfacción por poder ser yo misma, sin temor a que el Otro me juzgue, como es “normal” en la sociedad en la que vivo (o vivía, me refiero a la de Guayaquil, Ecuador). Así que para encontrarme con la persona indicada, no fue necesario mucho tiempo. He sido muy afortunada al conocerla, al vivir con ella y en un espacio en el que ambas podemos reconocernos y expresarnos sin “el qué dirán” pronunciándose despacio en la mente de cada una.

Recuerdo las palabras de Cynthia Pech, en su texto *Propuesta teórica para pensar el cuerpo femenino: autopercepción y autorrepresentación como ámbitos de la subjetividad*, en el cual trata acerca del erotismo, que se manifiesta en la experiencia corporal, implica la pasión, los sentidos y por supuesto el cuerpo; su fin es provocar los placeres y displaceres, incitar a la aventura que traspasa los límites de la piel, del ser en su totalidad. Pero para las mujeres el erotismo se experimenta estrechamente vinculado con lo afectivo. “Así, el deseo, que es el campo de la realización ególatra del yo, no puede entenderse alejado del amor, que no es otra cosa más que el lugar ideológico donde se remiten los deseos de relaciones interpersonales sexuadas y sublimadas”⁶.

De esta manera, el hecho de poder expresar nuestra sexualidad de forma que el erotismo sea el más fino de las artes. Y nuevamente, se me viene a la cabeza la conversación que tuve con mi amiga, puesto que hablamos acerca de cómo es tan prohibitivo el tratar de sexualidad, erotismo y deseo en nuestra cultura. Para muchas compañeras de nosotras, la sexualidad era tener relaciones sexuales o sentirse seductoras; y cómo lo hacían, pues tratando de “ligar” con prendas provocativas, mostrando partes de su cuerpo para así sentirse “sexys”. Siendo muy jóvenes – recordamos- nos daba un poco de entre susto y risa, verlas actuar de manera hasta fingida, sobreactuada y perdiéndose en un papel que les resultaba grande, porque apenas éramos unas adolescentes.

⁶ Pech, Cynthia y Vivian Romeu (2006): Propuesta teórica para pensar el cuerpo femenino: autopercepción y autorrepresentación como ámbitos de la subjetividad. *Razón y Palabra* N°53. En www.razonypalabra.org.mx.

Esa imposición –no sé si social- de la heterosexualidad me desagrade sobre todas las cosas, porque es estar permanentemente deseando ser deseada o deseado, quizá con un disfraz, una máscara que no les pertenece, pero, como me dijo mi madre un día, “si no lo haces te quedas en la percha y para vestir santos”. Así que o te vistes así o así para llamar la atención de los del sexo opuesto, o simplemente te quedas solterona. ¡Qué horror! Nada como sentirse deseada cuando hay amor de por medio, y esto lo digo sin ningún atisbo de romanticismo, sino que para muchas, como yo, lesbianas o no, el deseo llega con lo afectivo, con una caricia sentida, con una mirada tierna.

Lamento, muchas veces, ver cómo desde pequeñas, las niñas van perfilándose de ese modo. Esta es la cultura de culto al falo. Y qué más podría esperarse si los medios de comunicación nos alimentan con imágenes cargadas de estereotipos. No tengo nada en contra de las personas que adquieren X o Y productos. Cada uno o cada una es feliz como bien pueda, pero lo que no admito es que detrás de esos conceptos haya fuertes mensajes subliminales sobre el rol de la mujer con respecto a sí misma o con respecto al hombre, por ejemplo en el anuncio de Axe, publicado en youtube: http://www.youtube.com/watch?feature=player_detailpage&v=DXwzGkK5S78, en donde la mujer es vista como un animalito más del arca de Noé. Les pasa a muchas, que siguen la corriente para no quedarse para “vestir santos”.

En esa batalla sin cuartel en la que me había metido inconscientemente, de no ser vista como la solterona, “oveja negra” de la familia y al mismo tiempo de querer pregonar que mi cuerpo deseaba a una mujer (aunque nunca lo pregonara), me fui nutriendo de emociones intensas, de lecturas que me llevaron a comprender que las mujeres lesbianas hemos tenido que reinterpretarnos, porque no formamos parte de ese cuerpo colonizado como es el de la mujer heterosexual, que quizá viva en un cuerpo aprisionado por la sociedad, que la obliga en cierto modo a cumplir con la reproducción o el ideal de belleza.

Me causa curiosidad el hecho de que para mí, este cuerpo deseante es para mí, no es un cuerpo para “lo demás” ni para los demás, es un cuerpo que amenaza a la estabilidad del modelo de sexualidad reproductiva heterosexual, pero que es mío, lo cual no significa que se debe ser lesbiana para sentir o sentirse mujer con un cuerpo propio, pero creo que a través de él he alcanzado una plenitud sentimental, amorosa, pasional, que me remite a esa primigenia relación de amor y de deseo hacia el cuerpo de otra

mujer (como es la relación con la madre), y esto lo digo siguiendo las líneas de Luce Irigaray.⁷

En 1976, la sexóloga Shere Hite⁸ publicó el resultado de una encuesta a 3.019 mujeres, donde el 17% de las encuestadas fueron lesbianas, que afirmaban que preferían las relaciones sexuales con otras mujeres por la ausencia de institucionalidad, por la posibilidad de mayor afecto, sensibilidad, emotividad, frecuencia orgásmica, sentido de la unidad y paridad en la relación. Quizás ese sea el meollo del deseo femenino.

En cuanto a este punto, pienso en la heteronormatividad, que aún en el lenguaje se evidencia hasta hoy, puesto que al referirse a la mujer o al hombre siempre se piensa en el gusto por su opuesto y en categorías que históricamente han funcionado por dicotomías. ¿Dónde se toma en cuenta a los homosexuales o lesbianas? Según Monique Wittig, feminista lesbiana, el término “mujer” existe solo en cuanto a su correspondiente hombre, aceptando sus diferencias sexuales pero sin separarlas de la opresión del universalizar en la historia, cultura, política, educación los conceptos que hay detrás de cada una de estas palabras, por lo que en su texto *La mente hetero*, afirma que “las lesbianas no somos mujeres (como no lo es tampoco ninguna mujer que no esté en relación de dependencia personal con un hombre)”⁹.

Es cierto que no hemos sido visualizadas ni en forma individual ni en opuestos, porque ser lesbiana no significa ser lo opuesto a ser gay, y no hay un correspondiente terminológico que englobe la diferencia. En ese sentido tiene razón, pero entonces ¿cómo definirnos? ¿Mujeres? ¿Mujeres lesbianas? ¿Mujeres homosexuales? ¿Lesbianas con respecto a qué? Lo cierto es que para la cultura heredada del patriarcado el ser mujer y/o ser lesbiana ya se convierte en un estigma, en una alarma, en un estado de alerta, porque a ver quién nos controla. Por ello, se han cometido en todo el mundo las formas más inhumanas de contener nuestros deseos, nuestra libido o el amor que podemos sentir por tal o cual persona del sexo opuesto o del mismo sexo.

Las lesbianas ya podemos ir diciendo por allí, mediante prácticas sociales, que lo somos y qué. Lo lamentable es que tengamos que decirlo para defender nuestros

⁷ Irigaray, Luce. *Cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza. Otro modo de sentir*. La Sal ediciones de mujeres. Barcelona, 1985.

⁸ Hite, Shere. *El informe Hite. Estudio de la sexualidad femenina*. De Bolsillo, 2002.

⁹ Wittig, Monique. *La mente hetero*.

<http://www.mulheresrebeldes.org/Lesbianidades/Monique%20Wittig/la%20mente%20hetero.pdf>

derechos, porque ¿por qué no se cuestiona el hecho de ser heterosexuales? Es simple y llanamente porque vivimos la heteronormatividad asumida en todas partes. Ya veremos las repercusiones de nuestro pregón en la cultura y la sociedad hetero.

En uno de los textos revisados en las clases de Crear cultura en la Europa medieval, del máster de la Diferencia sexual, pude evidenciar cómo desde la época de Hrosvita de Gardensheim (y creo hasta ahora), el hombre está preocupado con el poder que está cobrando “esa mujer” de la que habla, tanto porque cree que motiva a sus esposas a no tener contacto con ellos hasta en el plano sexual, lo cual les intriga y preocupa. Por fin, pienso, que un hombre así sea con cierta ignorancia, reconoce el valor y el poder que tiene una mujer, quien reivindica el rol de las otras: mujeres madres, mujeres esposas, aunque sea usando el recurso de la religión. Veo a Antioco y Adriano en su papel de machos, que saben que mujeres unidas son capaces de desestructurarles el sistema.

A partir del segundo fragmento, puesto que no tengo el resto (y me quedo con ganas de conocer el resto) me cuesta decir algo más que noto cierta burla de parte de las mujeres hacia el hombre que llega a verlas, en plan –al parecer- conquistador, pero ellas lo ven montar toda esa escena de abrazar las ollas, que les parece ridículo.

Supongo que Dulcidio quiere hacer creer que puede someter a estas mujeres vírgenes a sus deseos. Con lo cual nuevamente nos encontramos frente a una imagen de hombre ridiculizada frente a la posición de la mujer, quien cobra un valor importante.

31. De la comedia Sapiencia:

<< -Antioco:

“Pues esta mujer de que te hablo, exhorta a nuestros convecinos a que abandonen los ritos de nuestros antepasados y se entreguen a la religión cristiana.

-Adriano:

¿Y acaso prosperan sus exhortaciones?

-Antioco

Demasiado, pues nuestras esposas nos desdeñan, nos desprecian hasta el punto de que se niegan a comer y aun a dormir con nosotros.

-Adriano

Reconozco el peligro”>>.

3.2. De la comedia Pasión de las santas vírgenes Agape, Quionia e Irene

13

<< -Soldados

“Percibimos desde lejos el sonido de sus timbradas voces.

-Dulcidio

Quedaos en la puerta con las lámparas. Yo entraré y me saciaré con sus abrazos que tanto deseo.

-Soldados

Entra. Nosotros esperaremos.

-Agape

¿Quién hace ruido en la puerta?

-Irene

El desdichado Dulcidio está entrando.

-Quonia

¡Dios nos proteja!

-Agape

¡Así sea!

-Quonia

¿Qué significa ses chocar de ollas, marmeitas y sartenes?

-Irene

Os lo explicaré. Acercaos y mirad a través de las rendijas.

-Agape

¿Qué es lo que ocurre?

-Irene

Helo aquí. Ese necio ha enloquecido y supone que nos está abrazando.

-Agape

¿Pero qué hace?

-Irene

Unas veces estrecha tiernamente las ollas contra el pecho; otras abraza las sartenes y marmitas, dándoles cariñosos besos...

-Quonia

¡Qué ridículo!

-Irene

Su cara, sus manos y sus vestidos están ya tan manchados, sucios y ennegrecidos que parece un etíope">>. ¹⁰

Y si es así con la relación entre mujer – hombre, podríamos imaginarnos cómo sería el temor con respecto a las lesbianas u homosexuales, que atentan contra la reproducción y el estado “natural” de las cosas dentro de una sociedad heteronormativa.

De otros demonios

No era más que una adolescente cuando el deseo me agarró por la mitad del cuerpo y como todo me parecía tan nuevo, tan “prohibido”, no me quedó más que aceptar formar parte de esa sociedad que empezaba en mi propia casa y empezar a escribir sobre ello. Sin embargo, el cuerpo tiene sus fórmulas para decirnos que solo

¹⁰ Dronke, P., *Las escritoras de la Edad Media*. Barcelona: Crítica, 1995.

depende de nosotras mismas el rumbo que le queremos dar a nuestras vidas, y así fue. Esa primera relación con mi madre, de la que he aprendido a ser fuerte, a pesar del miedo, me ha tornado la mirada a la ternura, a la caricia sincera, al amor y al cuerpo femenino, al que le reconozco y admiro su perfección, belleza, delicadeza, sea la edad que tenga. Inclusive las arrugas, las líneas de expresión, la sonrisa a medias, el cabello rizado, plata, cobrizo, las manos cansadas, los párpados caídos son muestras de grandeza y de la vida que se extiende en todo su cuerpo.

Me atrapan las palabras de una poetisa lesbiana, un poco radical, de la cual aprecio mucho su desparpajo y el tratamiento tan frontal sobre su identidad sexual: Tatiana de la Tierra. Comparto su texto *El día que aprendí a rezar*¹¹.

Hoy viernes santo/
se puede bañar/pero no estregar/
se puede comer/pero no cocinar/
se puede ver televisión/pero no bailar/
se puede leer/pero no cantar/
se puede salir/¡a la iglesia no más!

Hoy viernes santo/armo un rosario con los pecados/
que no he cometido/y rezo las madres nuestras/
que nunca aprendí.

Madre nuestra, diosita en los cielos/bendito sea tu nombre/
te ruego que calmes/a tu hija lesbiana pagana/
placentera y casi puta.

Hoy viernes santo/
lo que pasa, madre nuestra/
es que no creo que la muerte/del hijo de no sé quién/
hace no sé cuánto/debería afectarme en mi casa/
en mi día libre con mi amante/sinceramente, madre nuestra/
puedo aceptar lo de no barrer/y hasta lo de no cortar/
pero por favor, ¡ten piedad!

Hoy viernes santo/
me quería entregar/en actividades íntimas/
pero mire, madre nuestra/es que mi amante es cristiana/
y toma este día muy al pelo/me deja a mí, su hija tan buena/
conociendo penitencias que no merezco/
estrenando rosarios y oraciones que no sé/
entonces me toca inventarlos/en mi luto lesbiano/
de hoy/viernes santo.

¹¹ De la Tierra, Tatiana. El día que aprendí a rezar. *Esto no tiene nombre*. Buffalo: Chibcha Press, 2005. 24.

A diferencia del texto de Tatiana, socarrón pero reivindicativo del deseo lésbico, tenemos a Monique Wittig¹², quien de forma algo alegórica recrea un encuentro sexual.

Nosotras descendemos en línea recta piernas juntas
muslos juntos brazos entrelazados
mis manos junto a tus hombros mis
hombros sostenidos por tus manos
pecho contra pecho
boca abierta con boca abierta, nosotras descendemos con lentitud.
La arena se enrosca alrededor de los tobillos,
de pronto alcanza las pantorrillas.
Es a partir de este momento cuando el descenso se enlentece.
En el momento en que son alcanzadas las rodillas,
tú vuelves la cabeza, yo veo tus dientes, tú sonríes.
Más tarde me miras,
me hablas sin cesar.
La arena presiona ahora a la altura de los muslos.
Unos escalofríos recorren mi piel,
yo siento moverse la tuya,
tus uñas se han hundido en mis hombros,
tú me miras, tú no dejas de mirarme, el mayor trastorno
modifica la forma de tus mejillas.
La deglución se efectúa sin violencia.
El contacto de la arena contra mis piernas es suave.
Tú empiezas a suspirar.
Cuando el hundimiento alcanza la altura de los muslos
yo me pongo a gritar, dentro de breves momentos
yo no podré ya tocarte, mis manos en tus hombros en tu cuello
no podrán alcanzar tu vulva,
una angustia me sobrecoge,
el más pequeño grano de arena entre tu vientre y el mío
puede separarnos para siempre.
Pero tú, feroz, llena de alegría
me mantienes contra ti,
aprietas mi espalda con tus amplias manos,
tú me tranquilizas, tú apoyas tu vulva contra mi vulva,
y/o me pongo a latir en mis párpados a latir en mi cerebro a latir
en mi tórax a latir en mi vientre a latir en mi clítoris
mientras tú hablas cada vez más de prisa
estrechándome y estrechándote
yo a ti estrechándonos con una maravillosa fuerza;
la arena nos rodea el talle, en un momento dado
tu piel se hiende desde la garganta hasta el pubis
la mía a su vez estalla de arriba abajo,
yo me esparzo en ti, tú te mezclas conmigo,
mi boca con tu boca ligada
tu cuello apresado por mis brazos, yo siento
nuestros intestinos enlazarse los unos en los otros y resbalar;
el cielo de pronto se oscurece, resplandores anaranjados lo cruzan,
el derramamiento de sangre confundido no se hace perceptible,
la más grande crispación se apodera de mí y de ti a la vez,

¹² Wittig, Monique. *El cuerpo lesbiano*. Editorial Pre-textos, 1973.

tú gritas completamente flexionada, yo te amo
mi moribunda,
tu cabeza emergida es para mí la más adorable y la más criminal,
la arena toca tus mejillas,
mi boca se colma.

Y así, luego de una historia de reconocimiento de mi cuerpo, de mis deseos, puedo asumirme, comprendiendo que vivimos en una sociedad heteronormativa, que necesita saber o creer que tiene el control de muchas cosas, de las ideas, de la sexualidad de las personas, menos de las mías.

Septiembre 2012.